

Iulo Adriano: Maldito por el Vesubio

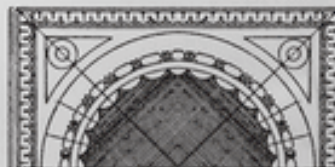
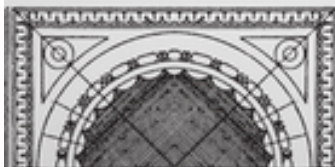
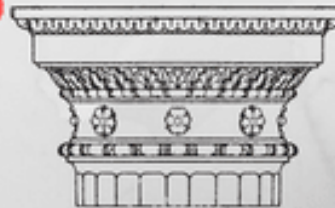
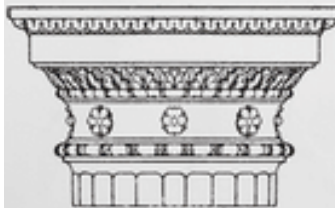
Mabel Navas Chevez

Mabel Navas Chevez



Iulo Adriano:

Maldito por el
Vesubio



Capítulo 1

Se agachó para palpar las huellas de la destrucción que hace dos mil años arrasó con la vida de muchos y la suya propia. Los esqueletos de las casas sobresalen con sus paredes ennegrecidas, sus columnas casi derruidas, mosaicos que otrora eran de vivos colores yacían sepultados por toneladas de cenizas, pero lo que más le pesaba era el latente olor a muerte.

Ese olor que con el paso de los siglos persistía y al ser revelado por la curiosidad humana para el estudio de los restos que la historia dejaba como prueba de que la humanidad siempre buscaba ser superior.

Pero él prefería que esos recuerdos queden guardados bajo la misma tierra, que la misma madre tierra los mantuviera sepultados pues los recuerdos eran dolorosos ¡Que los antiguos dioses que ahora eran mera fantasía lo perdonen! ¡Pero pesaba la maldición de vivir siempre a sabiendas de que la otra parte de su vida había sido abrazada por la terrible explosión del Vesubio!

Maldito por ellos porque lo merecía, maldito porque fue como los animalillos asustados, un cobarde, que huyó dejando a muchos a merced de la furia de Vulcano pudiendo auxiliarlos.

Y ella...

Ella una simple mujer que tuvo la desdicha de nacer en cuna "miserable", descendiente de esclavos capturados entre tantas guerras de conquistas que los rapaces romanos hicieron para expandir su legado, su imperio del águila cuyas garras y alas sembraron el terror durante siglos.

Aún recordaba su cascada oscura que ondulaba traviesa al son de los Venti, los dioses del viento, cuyo carácter que rivalizaba con la fiera Belona y bella como la sensual Venus...

Flora la llamó ese día que la vio por primera vez...

Flora como la deidad de las flores, la diosa primaveral que con su vestido de hermosos colores alegraba la vista humana con su danza al son de los cantos de los ruiseñores.

Apretó con furia evidente el puñado de tierra grisácea, estaba cansado de merodear aquel sitio como castigo por sus acciones pasadas, cansado de pagar una deuda como si fuera el Prometeo de los mitos al que debía esperar cada amanecer para que su hígado sea devorado.

De repente el cielo se torna gris, sus ojos buscan entre los esqueletos de Pompeya alguna señal de movimiento, algún turista distraído o algún

arqueólogo excavando entre las calles cubiertas de cenizas, pero nada... Es sólo el viento que agita los mechones de su cabello oscuro ondulado que en tiempos normales ya debía estar encanecido, pero pesaba la maldición de los dioses y el tiempo.

—¡Flora!

El otrora patricio romano murmura el nombre que le había sido vetado por siglos.

—¡Flora!

Nada, solo el fúnebre silencio, el cielo sigue nublado y la lluvia amenaza con bañar la tierra El Vesubio calmo reina desde sus alturas, él lo mira con rencor, fue por su furia que perdió todo, todo hasta su mismísima alma.

—¡Júpiter me castigó por mis pecados! — se desplomó en el suelo mientras un águila descendía hasta él, lo último que vio fue un recuerdo de la sonrisa radiante de quién fue la única persona que encendió una llama de paz y humanidad en su ser.

SIGLOS ANTES.

Quién era él, pues bien era un patricio, perteneciente a la clase privilegiada que hacía y deshacía en Roma a su antojo, podría decirse que estaba emparentado con ciertos personajes de la familia imperial, específicamente con la dinastía Flavia cuyo fundador, el emperador Vespasiano reinaba desde el año 69 D.C.

Sus padres al nacer lo nombraron Julio Adriano Constancio, con motivo de su nacimiento, su padre ofreció un opíparo banquete que no dejó a ningún patricio indiferente, su madre alababa y agradecía a Ilitía, Venus y Juno por haber nacido fuerte, sano y según ella hermoso.

Hermoso porque heredaba la tez de mármol, su nariz perfecta, su rostro fino y digno de ser pintado como fresco en el palacio imperial para deleite de alguna emperatriz aburrida de las lisonjas y atenciones melosas de su esposo. No era rubio, más bien era azabache característica que era común en muchos hombres, sin embargo sus ojos verdes felinos eran capaces de tal cual como las bestias que otros emperadores traían de África o de tierras más allá de lo imaginado a devorar sin piedad a todo aquel que osara pisotearme o pasarse de listo.

Como todo patricio se creía intocable, como Júpiter en su trono sempiterno con Juno a su lado lista para fulminar a sus rivales de lecho.

Era usual ver matronas ricamente ataviadas con sus joyas relucientes y telas finísimas por las que pagaban ridículas fortunas que sus maridos sin

chistar desembolsaban, pero lo que las hacía más vistosas eran las esclavas que poseían... criaturas menudas, asustadizas y sumisas dispuestas incluso a ocultar crímenes de sus amas, o incluso para placer de sus señores; él era uno de esos que gustaba usar a las esclavas que su padre compraba, como objeto de placer. Si, era una basura de ser humano tal como la mayoría de los ciudadanos de la Eterna Ciudad que hoy es muy distinta a la Roma en la que vivió y conoció.

Pues bien, la historia, esa vida que llevaba hasta antes de caer sepultado por el fuego y la furia del Vesubio inicia mucho antes de la muerte de su progenitor.

He aquí que el maldito Julio Adriano Constancio rememora su vida pasada y su cruz traducida en maldición que transformó en desdichada su alma...

Capítulo 2

Marte, el sanguinario dios de la guerra y al que veneraban ciegamente, lo incitaba a honrarlo, probando el luchar como aquellos hombres que traían como prisioneros de guerra, ladrones, asesinos o de diversas calañas que capturaban y comerciaban en Roma. Pero, aunque el reconocimiento era alto, no necesitaba combatir, tenía una vida acomodada y mancharse las manos con sangre de esas gentuzas le parecía estúpido tanto como los espectáculos que ofrecían en la arena.

Para su padre era mejor congraciarse con el emperador quien era considerado por ser un militar apreciado y con una capacidad política innata, sin embargo si a la Guardia Pretoriana se le antojaba, lo podía destituir o peor aún asesinar. Lo mismo el senado, fuente inagotable de poder capaz de tumbar al igual que la Guardia Pretoriana, a los emperadores y su corte.

Ambición y oportunismo siempre ha existido en Roma Eterna.

Estando un buen día el joven patricio observando el ir y venir de los esclavos en su propiedad, apareció para desgracia suya, otro patricio, un tipo desagradable en sus modales igual que su aspecto cuyo cabello rojizo era una maraña grasienta que si les proponía a sus esclavas podían sacar grasa para prender las antorchas, tan alto como las palmeras de Egipto, aunque desgarrado, si abría la boca ¡Por la llama de Vulcano podía ver a los hijos no nacidos de Plutón surgir!...

—¡Salud Julio! —vino con evidente hipocresía, presumiendo sus trapos de seda púrpura.

—Mmm Constantino—una esclava se acercó con una bandeja de frutas, pero la despidió no sin antes quitarle la bandeja, ella se marchó avergonzada—¿a qué debo el honor de tu amable visita?

Constantino era un tipo como la gran mayoría de patricios que vivían en la urbe, ambiciosos, oportunistas y tan depravados como ciertos emperadores cuyas acciones representaron una afrenta, así que no tardó en saber el motivo de su visita.

Haciendo gala de hospitalidad, lo condujo a las habitaciones para charlar con más discreción, uno nunca sabía cuándo un esclavo fisgón podría delatar a su amo; aunque tenía uno que conocía cada maña desde colarse en lupanares, hasta domus de patricios influyentes con el único objetivo de obtener información, el fiel Ascanio, tan menudo como un junco a las orillas del Nilo, discreto como una serpiente, de ascendencia siria traducida en su piel ligeramente tostada, su cabello oscuro y la mirada

oscura como la noche.

Ascanio cuando se lo proponía era un esclavo pizpireta con las patricias que visitaban el domus por su madre, la cual era el modelo de matrona romana por excelencia.

—¡Dominus! —saludó con su rostro gacho ante la presencia de Constantino quién lo miró con desdén.

—Ascanio—sus ojos vivaces lo miraron—trae lo que conseguiste de aquel lugar hace días...

—¡Como dominus diga!

Al marcharse Ascanio a paso presuroso, Constantino automáticamente lo estudió con curiosidad, incómodo por el agresivo estudio a su persona, Julio se entretuvo mordisqueando una manzana en tanto le ofrecía una a su visitante que clavó su dentadura en la piel roja de la fruta, le daba la impresión de que el patricio pelirrojo era un tipo con el que no deseaba compartir ningún secreto.

Tras varios minutos de silencio, Constantino decidió sacar a colación un tema sobre una patricia muy bella llamada Valeria Faustina, la cual en su etapa más temprana bien pudo haber abrazado los votos de Vesta como algunas ilustres que conocía, pero igual de instigadora e intrigante que Juno con Júpiter.

—Sí... ¿qué con ella?

—Me enteré por boca de un buen amigo mío que tú le gustas...

Valeria no era afecta a patricios, a ella le encantaban los gladiadores, máquinas asesinas con múltiples cicatrices capaces de generar dinero a montones a sus ludus. Contuvo la risa ante la ingenuidad de Constantino.

No se sentía con intenciones de tomar esposa, le bastaba mirar a las esclavas de la casa y llamar a la que más le apetecía y divertirse como todo romano.

—Tengo entendido que tú le gustas—refutó con una sonrisa maligna.

Ascanio llegó con el encargo para su alivio, eso de hablar de que una ilustre dama romana gustaba de él le producía urticaria, el esclavo sirio traía consigo, un pequeño cofre plateado algo envejecido cuyo contenido eran varias monedas de plata que serían usadas para una idea que tenía desde hacía mucho tiempo...

—¿Recuerdas esa villae que hay en Pompeya?.

Constantino se relamió los labios ante la proposición, el anterior dueño de aquella propiedad conocido por todos los ilustres de Roma, había partido al encuentro de los dioses después de gozar de mucha salud y rectitud dejando a su anciana viuda sin descendencia, pero con una prole de esclavos de todas las edades.

Su interés principal era adquirir a las mujeres, en especial a las jóvenes que decían las malas lenguas eran tan variopintas que se podía escoger hasta con los ojos vendados.

— ¿Cuántas me dejaras quedarme? —tan lascivo era que las malas lenguas decían que cada cierto tiempo viajaba a las demás provincias del imperio donde existían templos en los que las cortesanas según sagradas le mostraban todas las artes de los dioses del amor y lujuria y que él ponía en práctica con las esclavas que para desdicha lo complacían.

Julio se arrepintió al momento que le propuso, más sabiendo que aquella propuesta supondría un negocio y que ganaría con ello, dejó los remilgos. Eso si no le dejaría tan fácil... tomaría a las más hermosas y a él le dejaría a las más comunes.

—Mañana mismo te enviaré con mi esclavo personal el dinero—se retorció las manos sudorosas en tanto su interlocutor sonreía con cinismo—estoy seguro que serás generoso conmigo.

—Ya veremos cuantas hay—dio por finalizada la conversación.

Esa noche mientras la luna con su vestido plata paseaba por la bóveda nocturna, Julio acompañado por una esclava menuda de origen galo que dormía por sus pies, luego de complacerlo, se aprestaba a descansar ya que tenía planeado marchar a Pompeya una vez Aurora se levantara por el horizonte.

La esclava se removió, a lo lejos se oyó las risas de varios soldados que seguramente se hallaban en sus correrías.

Con una sonrisa en sus labios, Julio cerro los ojos, sin embargo, a los segundos vio diversos rostros en actitud encolerizada quienes lo señalaban, después los rostros se transformaron en ríos de fuego que lo rodearon.

Ignoro aquello, odiaba cosas sin sentido.

Capítulo 3

Luego del turno de Nox, Aurora cuya silueta encantadora alegraba a los mortales que despertaban con su anuncio, surcaba la bóveda sostenida por Atlas trayendo su luz.

Para Julio no era precisamente un buen despertar, durante las horas nocturnas a pesar de que hizo caso omiso a las duras imágenes, permaneció soñando una y otra vez con lo mismo.

Una terrible cefalea partía su cabeza, llamó a los gritos al resto de la servidumbre que apresurada y temblorosa se hizo presente. Su acompañante, temerosa del acceso de ira de Julio se mantenía alejada buscando confundirse con el mobiliario de la alcoba, los ojos claros del patricio fulminaban todo a su alrededor.

Ascanio entre ellos, se atrevió a hablar a su amo.

—¡Dominus!—el patricio posó su mirada en él—su baño está listo.

El joven sirio conocía de sobra los intempestivos arrebatos de carácter de Julio Adriano por lo que se adelantaba a los acontecimientos porque los castigos que solía imponer eran terribles, ya habían muerto esclavos en el pasado por aquello.

Fue suficiente, la faz del romano cambió a una de felicidad absoluta. Al ponerse de pie, los ojos de las mujeres se encandilaron con su anatomía, para los ojos expertos de un escultor era perfecto para un modelo de estatua de Febo persiguiendo a las **Camenas** o musas entre los griegos, en cuanto a su alma esta era oscura, fría como una espada gala para quienes lo aborrecían era yerma como la tierra sembrada de sal después de una conquista.

Ascanio y la joven gala se adelantaron no sin antes presenciar inexpresivos como Julio despedía a las demás esclavas; entró a su baño privado, donde los azulejos y los mosaicos de vivos colores junto a los objetos de exquisita manufactura procedentes de Fenicia, Persia, África, Egipto pulcramente colocados daban una sensación de hallarse en las termas del palacio imperial.

—Puedes irte Ascanio—ordenó sin despegar la vista de la mujer nacida en las Galias que silenciosa se adentró al agua en la que flotaban diversas flores para bañarlo.

El aludido con una ligera inclinación se marchó no sin antes dirigir una

lastimera mirada a la fémina que sacudió la cabeza.

En el pórtico, el enviado de Constantino junto a varios esclavos más, se presentaba con el encargo de su amo quién cumpliendo con lo acordado el día anterior, despachó junto a las monedas una nota detallando que se reuniría con Julio en Pompeya una vez que cumpliera con una petición de su esposa. Claudia, madre de Julio, asombrada al principio y luego molesta por la interrupción a su rutina de la mañana, recibió a la comitiva mientras su vástago se hallaba en su aseo matutino.

Desde hace algunos años, se venían suscitando noticias sobre temblores en las inmediaciones de Pompeya y Herculano, más la población desestimaba los sacudones aduciendo que Vulcano trabajaba incesantemente en las entrañas de la montaña que abrigaba a ambas ciudades.

El Vesubio, como se llamaba la imponente herida de la corteza terrestre, dominaba la campiña romana como exigiendo pleitesía a los efímeros mortales que en su diario vivir lo observaban con supersticioso respeto.

Julio no era nada respetuoso a los misterios, donde si era capaz de participar era en las famosas fiestas que realizaban por las deidades depravadas que exigían fornicación sin respeto alguno.

Ascanio volvió a buscarlo para comunicarle que el esclavo de Constantino con pompa y alboroto exigía ser atendido urgente, hasta ahí bien, pero el joven patricio casi se atora con su propia bilis cuando el sirio le comunicó que su madre recibió a la visita.

—¡Por la cólera de Bellona!—salió de su baño destilando agua tanto como un río desbordado, su compañía suspiró aliviada—impedirá que compre a esos esclavos...

Se vistió al apuro, con Ascanio pisándole los talones caminó hasta la sala donde su madre con el ceño fruncido lo recibió. La ceja alzada del esclavo de Constantino le indicó que estaba divirtiéndose con la situación.

«Maldito esclavo, tú y tu amo son iguales. ¡Ah que yo me entere de que chismeaste esto, ordenaré que te corten la lengua».

—¡Madre!—disimuló su molestia ante su rostro indignado—¡creí que...!

—No somos comerciantes de esclavos hijo—mientras hablaba sacudía sus rizos azabaches—menos para tu diversión Julio.

Su madre y sus ideas de ser perfecta ante los demás, la adoraba si, pero sus deseos de imitar a la divina Livia Drusila, primera emperatriz romana de la que contaban las malas lenguas, intrigó entre las sombras,

ya sobrepasaban las imaginaciones de un poeta.

Aún sobre sus protestas proseguiría con su negocio con Constantino por lo tanto arrebató el cofre con las monedas y despidió a empellones al esclavo que dando traspié abandonó la propiedad. Dejó a su progenitora con la palabra en la boca, su padre como siempre ausente congraciándose con los senadores y no llegaría antes que el crepúsculo con su túnica cubriera todo el firmamento.

Dos horas después de aquel incidente con su madre, Julio guardaba en varios arcones reforzados con bronce sus enseres y el dinero tanto el suyo como de Constantino para la transacción; viajaría solo porque no quería retrasarse llevando un séquito de esclavos y cachivaches que demoraran su viaje, total la distancia entre Roma y Pompeya a paso acelerado se acortaba a menos de diez días. Las calzadas romanas eran el mejor sistema vial del imperio, sus contras eran los bandidos y salteadores asechando a los viandantes.

—¿Cuándo regresa dominus?—indagó Ascanio mientras le colocaba una túnica desgastada para despistar a los asaltantes de camino.

—Eso es algo que no te interesa Ascanio—respondió con brusquedad—tú solo límitate a vigilar mis intereses, si lo haces bien... serás recompensado.

La palabra libertad resonaba en el cerebro de Ascanio, era el sueño casi imposible de seres como ellos comprados como cualquier cosa imaginar una vida libre lejos de la violencia y decadencia de ese mundo corrupto.

Con los rayos azotando su piel, Julio se subió a su transporte que consistía en una carreta desvencijada bajo cuya tela verde oliva se ocultaban los arcones, su madre ignoraba su partida.

A los veinte minutos de recorrido, el sol se ocultó tras varias nubes grises, las mismas al posarse sobre las montañas cercanas a la ciudad otorgaron un aspecto tétrico al panorama, invocó a Marte por su protección esperando que el dios guerrero, padre de los romanos lo cubra con su bendición.

No ignoraba que Constantino jamás dejaría que se saliera con la suya, si aún viviera Locusta, famosa por sus venenos y etiquetada como "asesina en serie", el patricio pelirrojo ya la habría empleado para sacarlo del camino.

Precavido se ocultó entre sus ropas una daga cuya vaina argéntea lucía decorada por diversos grabados geométricos, el arma en cuestión

pertenecía a su padre quién ya se la había legado.

—¡Mercurio también guía mis pasos!—se sorprendió al pronunciar el nombre del dios puesto que no era devoto a nada solo a Marte.

A varios kilómetros, Pompeya aún se reconstruía luego de un terremoto acaecido años antes; en una villae una matrona viuda cuyos cabellos blancos y aspecto de su rostro demostraban la apacible vida sin las constantes intrigas de la capital imperial, ya pensaba en otorgar la libertad a sus esclavos sin imaginar que un patricio venido de Roma pretendía desbaratar sus planes.

Una joven de cabellera oscura ondulada la peinaba con suma dedicación, durante los años que tenía en aquella casa, más concretamente desde su nacimiento, no había sufrido vejaciones. Su domina siempre la había protegido.

—¡Ya está listo domina!—comentó al finalizar su labor, la anciana asintió mientras se ponía de pie.

—Puedes hacer lo que se te apetezca—dijo con tono maternal, ante eso la joven ni dos veces abandonó la habitación para precipitarse a la zona donde los esclavos liberados de sus obligaciones pasaban sus ratos.

Un mal presentimiento se instaló en la matrona cuando sin querer posó la vista sobre una cuadrilla de obreros que reparaban un templo, la sagrada **Terra Mater** se mostraba inestable por momentos y eso a ella no le agradaba. Esperaba no presenciar una catástrofe originada por la cólera de los dioses.

«Júpiter sempiterno que estos movimientos no sean un mal presagio»—oró la dama alzando la vista a los cielos.

Si el referido la oyó, solo el tiempo lo diría.

Capítulo 4

En el imaginario humano, los dioses jamás revelan sus planes, si lo hacen sus mensajeros susurran como el canto de un ave libre, sus notas proféticas las cuales bailan en el viento recordando que nadie se salva de los veredictos...

Julio viajó durante todo ese día bajo la atenta mirada de Febo, los caminos solitarios se alegraban con el traqueteo de aquel medio de transporte que, aunque no tenía la velocidad de una flecha disparada por Diana cazadora, era lo suficientemente raudo para acortar el viaje a Pompeya.

En las aldeas habitadas por esforzados campesinos, quienes casi nunca tomaban partido por ningún movimiento que surgiera en la urbe fundada por Rómulo lo analizaban con curiosidad mientras él incómodo les pagaba por sus productos para consumirlos ya que salió sin casi nada de provisiones para no llamar la atención, más sin embargo no todos le ofrecían con amabilidad y lo rechazaban por ser un patricio.

—¡Es uno de ellos!—apostrofé un anciano que temblando de ira mientras sostenía su bastón lo señaló, Julio apretó los dientes de ira mientras lanzaba unas frutas al suelo.

Aún se mantenían frescos los recuerdos de la inestabilidad que surgió tras la muerte de Nerón, sucediéndose cuatro emperadores. Mucha gente a raíz de aquello guardaba resentimiento a ciertos patricios que de una forma u otra auspiciaron los efímeros reinados.

Constantino entre ellos, era más ruin que él.

En Pompeya, ciudadanos pudientes lucían sus joyas acomodados sobre literas cargadas por esclavos de pieles azotadas por los rayos de Febo, gente de la plebe con sus compras para sobrevivir día a día, gladiadores que gozando de los privilegios se exhibían ante los ojos de niños y mujeres que fascinados revoloteaban alrededor de aquellos hombres entrenados en la dura arena, movían la vida en la ciudad. Un día típico en la ciudad dominada por la sombra del Vesubio.

En la villae de la matrona viuda, los perfumes de una comida humeante inundaban la propiedad, un cordero se asaba sazonado con diversas especias y miel, mientras dos esclavos de músculos como rocas exprimían el jugo de varias uvas que luego de meses de fermentación estaba listo para ser considerado vino.

Bajo el amparo del techado de su villae, la matrona junto a Salonia examinaban un puñado de vestidos y cotejando con las joyas disponibles

de la dama, esa tarde brindaría una comida después de asimilar poco a poco la pérdida de su esposo llamado Antonio, solo aquellos que apreciaron de verdad al patricio acudirían a la invitación.

—¡Este es perfecto domina!—le mostró uno de color azul que resaltaría las facciones de la matrona quién sonrió complacida por la elección de la joven.

—¡Es excelente Salonia!—apartó las joyas con las que se adornaría.

Otra vez un presentimiento de que le arrebatarían la paz se apoderó de ella, su corazón comenzó a latir nervioso ocasionando que respirara aceleradamente haciendo soltar las alarmas a Salonia que sin dudar le sirvió agua, era como si la voz susurrante de una sibila la atormentaba en su oído cada vez que ella miraba al Vesubio.

Quizá era momento de pensar en liberar a sus esclavos y dejar su dinero como matrona viuda al esclavo de mayor confianza, quién cumplía con sus expectativas era aquella persona que había sido como la hija que no tuvo... la prudente Salonia.

—¡Domina no me asuste!—reprochó la joven temblando de miedo.

—Parece que los dioses quieren llamarme pronto Salonia—entrecerró los ojos mientras la mencionada le servía más agua.

Apoyándose de la mano de la joven, la matrona decidió supervisar los quehaceres de los esclavos y entretenerse un momento antes de que se comenzara con los preparativos de aquel convite.

En Roma eterna, Constantino haciendo gala de su astucia, tenía parientes en la risueña Pompeya a los que había comunicado de sus planes, los mismos aceptaron participar mientras él enviaba una partida de mercenarios contra Julio para acabar con su existencia y reclamar para sí todos los esclavos.

Aguardaría con una copa de vino y en los brazos suaves y perfumados de su esposa la noticia de la muerte de Julio Adriano Constancio. Orcus no lo acusaría de romper promesas, porque él no hizo ninguna.

Julio era detestable, un mimado, si algún día tomaba esposa, esta actuaría como Agripina la menor contra Claudio...

Para esa hora, Ascanio que, cumpliendo con las órdenes de su dominus, se entrevistaba con otro esclavo de los tantos de Constantino, procedente de su misma patria el cual sin restricción le revelaba los planes secretos del pelirrojo. Ascanio no creía que su amo fuese a morir bajo la mano traicionera de aquel patricio, pero sí le incomodaba que trajera más

esclavos, suficiente era ver desde su jergón como las desdichadas, resignadas acudían para calmar el furor de Julio que bajo el impulso del alcohol se volvía tan ligero como una pluma y a veces se quedaba dormido antes de consumir sus deseos. Una vez culminada la entrevista, como un ratón que teme ser descubierto, Ascanio regresó al domus donde la domina Claudia discutía con su esposo sobre las connotaciones del repentino viaje de Julio, pasó desapercibido porque prácticamente los esclavos eran meros adornos de esa casa.

Ojalá al regreso de su dominus este le otorgue su libertad tan ansiada. Libertad que visualizaba como una madre amorosa que acogía a los hijos más desvalidos para dispensarles el agua emancipadora.

El corazón de su dominus se ablandaría si él cumplía sus deberes a rajatabla, con ese pensamiento se consoló el joven sirio mientras se acomodaba en su humilde jergón.

Capítulo 5

Varios días después.

Herculano cuyas bases fueron erigidas por el mitológico Hércules, se asomó coqueta con sus elegantes y graciosas villas ante sus ojos mientras una partida de legionarios cansados avanzaba metros más adelante para tomar su puesto dentro de la ciudad. Se cubrió un poco más su faz para no ser reconocido. Ciertos legionarios eran oportunistas y taimados y no dudaba que si alguno lo reconocía podía chantajearlo.

El clima ese día lo favoreció ya que varias nubes cubrieron al abrasador Febo que ese día prefirió la compañía de las Camenas que sin dudarlo tocaban sus instrumentos para entretenerlo de sus labores cotidianas.

Los arcones con las monedas ya le pesaban peor que acarrear piedras por lo que necesitaba llegar cuanto antes a Pompeya y deshacerse de todo eso, pero ahora que lo pensaba bien, era mejor comprar una villa en Pompeya e instalarse ahí, sin embargo su espíritu libertino no se acostumbraría pronto ya que la misma no era Roma donde los acontecimientos políticos eran la comidilla y apuesta de las clases influyentes.

El Vesubio con sus laderas verdes dormía sin mostrar signos de despertar encolerizado y cubrir la tierra de ceniza, fuego y piedras surgidas de sus entrañas cavernosas.

«Montaña tonta»—pensó el joven patricio con desdén.

Un día antes de entrar en la urbe, fue víctima de bandidos que intentaron apuñalarlo. Aquellos bandidos eran los enviados de Constantino, asesinos llegados de Sicilia que hicieron de Roma su centro de operaciones y que habían dejado su estela de muertes en Grecia, Siracusa e incluso en las colonias griegas asentadas en el Mar Egeo; tres antiguos piratas eran, corpulentos y diestros en el manejo de armas que al mismo patricio asombró.

Ascanio tuvo razón en su pensamiento...

No sería asesinado si daba pelea. Se relamió los labios mientras estudiaba los movimientos que eran dignos del entrenamiento de los legionarios romanos, se deshizo de la capa roída y desgastada para presentar pelea; uno de ellos trató de golpear su pierna para que caiga y apuñalarlo o en su defecto golpearlo, sin embargo fue más veloz y su atacante terminó golpeando el suelo provocándole un dolor agudo en sus nervios, en tanto otro se acercaba por atrás para sujetarlo y de esta manera el otro en discordia apuñalarlo sin descanso hasta dejar sus órganos inservibles y

agonizante lanzarlo al mar que tan cerca estaba de Herculano.

—¡Vaya!—se mofó el joven mientras dio un codazo al estómago de su segundo atacante que trastabilló hasta rozar su humanidad contra la carreta—sicarios debiluchos.

Veinte minutos de luchas se saldaron con el degollamiento de un sicario y tres golpeados abandonados a merced de asaltantes, limpió su daga con el manto del sicario finado y emprendió la marcha rumbo a Herculano.

El ladrido de un perro negro flacucho apenas entró por las calles de Herculano, espantó a su asno quién provocó que sus arcones se balancearan peligrosamente, los viadantes como si nada siguieron con sus actividades cotidianas.

Herculano era sitio de descanso de la clase pudiente romana, aunque sus padres varias veces fueron invitados a pasar días de relajación en la misma, ellos preferían el bullicio y las intrigas de Roma.

El joven patricio urgía de tomar un baño cuanto antes, el polvo y el sudor se adherían a su piel como un molesto manto, por esa ocasión se mezclaría con los demás en los baños públicos o thermaes. Al ser mediodía, los baños públicos abrían y permanecían disponibles para el público hasta caer el sol.

Dos libertos con sus cortas túnicas reían de algún picante chiste mientras giraban por una callejuela en la que se divisó un gran baño público que bien podría ser la mitad de la estructura del Templo dedicado a Quirino. La estructura del baño por fuera era soberbia, arcos cortando el barro que bajo el sol de mediodía ofrecía una especie de olimpo para los cansados hombres y mujeres. En su interior, mosaicos realistas de dioses en sus actividades de ocio, plantas y animales como las ocas que representaban la diversa flora y fauna del imperio.

Para no dejar una mala imagen de su precario transporte, lo dejó apostado detrás de la construcción previamente haberla rodeado, nadie robaría aquel viejo transporte.

Por supuesto que no dejaría los arcones a los que previamente vistió con telas envejecidas para no llamar la atención. Una vez dentro de las thermas, en el Apodyterium dejó la ropa y sus efectos personales a un esclavo de piel clara para encaminarse al Caldarium cuyas aguas fueron el bálsamo para sus músculos adoloridos y tensos.

El vapor por poco lo adormece, más la voz gruesa e imponente de un hombre quién arribaba al Caldarium, lo despertó. Enfadado lo fulminó con

la mirada. Este rió divertido.

—¡Jamás pensé verte mezclado con la plebe patricio!—saludó el hombre que resultó ser un liberto de nombre Ocos proveniente de Egipto cuya robusta anatomía y aterradora estatura que podía pasar como las estatuas del temerario Anubis asombraban hasta curtidos soldados. En Roma, Capua, Siracusa y otras ciudades del imperio, cosechó éxitos hasta que su dominus lo liberó previamente haberle hecho ganar una fortuna.

—¡Ah tú, el despreciable Ocos!—murmuró burlón a su vez que echaba un breve vistazo a las cicatrices del antiguo gladiador—¿ Qué haces en Herculano? ¿ placer?

—Algo así, en realidad vengo como mensajero para ti...

Julio se irguió interesado, Ocos al obtener su atención prosiguió pero bajó la voz ante posibles detractores.

—¡ Quieren tu cabeza patricio! ¡ alguien en quién confías quiere sacarte del camino!

—¿ Por qué debería confiar en ti Ocos?—entrecerró los ojos desconfiado, el liberto se esperaba esa reacción pero por esa información quizá ganaría unos sestercios o áureos de parte del patricio.

—Porque a quienes asesinaste antes de entrar a Herculano los conocía... ellos fueron enviados del patricio Constantino al cual aborreces. Les ofreció los arcones a cambio de quitarte la vida, mientras él ayudado por unos parientes en Pompeya tomaría a esos esclavos que una anciana matrona viuda posee.

De repente parecía que el vapor lo cocinaba lentamente, la piel le ardía mientras una súbita rabia se apoderaba de su ser, Constantino era como negociar con los piratas cilicios quienes a pesar de la derrota sufrida por Pompeyo algunos aún operaban a expensas del imperio. Debía marchar pronto a Pompeya y Ocos el liberto lo acompañaría.

Masticando maldiciones y seguido por el liberto que ya saboreaba esa recompensa, Julio atravesó Herculano raudo, dispuesto a mandar como obsequio hacia Roma, el brazo del pariente más próximo de Constantino cubierto de monedas sangrantes.

Los dioses impasibles veían su andar, pero Diana con el ceño fruncido no permitiría que la joven esclava quién rogaba su protección día a día, cayera en las garras del hijo de Marte.

Notas importantes:

Si los baños estaban en la villas romanas se llamaban balnes o balneun y si eran públicos se llamaban thermaes.

Caldarium se le conocía a los baños de agua caliente.

Apodyterium eran los vestuarios donde los bañistas dejaban sus efectos personales y ropa encargados a un esclavo.